

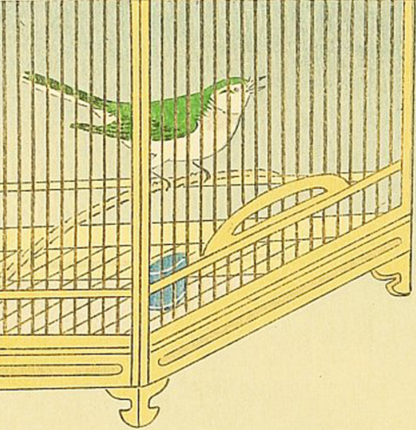
RELATOS DE PERROS

Ryunosuke Akutagawa · Takeo Arishima
Fumiko Hayashi · Kiyoshi Koyama
Masao Kusuyama · Shiki Masaoka
Haruo Satō · Yoshio Toyoshima
Kyūsaku Yumeno

Traducción del japonés:
Kazumi Hasegawa

Adaptación:
Eva González Rosales


QUATERNI



豊邨



Índice

El perro fiel.....	7
El rey perro.....	17
Hachiko, el perro	23
La casa del perro de raza española.....	35
El perro.....	49
Pochi y el incendio.....	55
Vida de perro.....	71
Shiro.....	97
El viejo que hacía florecer los árboles	113
Sobre los autores.....	121

El perro fiel

El viento frío del invierno soplaba desde el lejano norte anunciando nieve. El lago estaba cubierto por una fina capa de hielo y las barcas no habían salido.

Un perro llevaba un rato ladrando. Se trataba de un perro callejero que vivía en el porche de la casa de campo de su antiguo dueño, el señor Morris. Cuando llegó a aquella casa de campo ubicada a la orilla del lago Nojiri, aquel mestizo de la raza pointer inglés todavía era un perro fuerte de lustroso pelaje café.

Cuando estalló la guerra, el señor Morris regresó a Estados Unidos con su familia y dejó el perro al cuidado de los dueños de una tienda de utensilios que se encontraba en una localidad cercana, Kashiwabarā. No obstante, menos de una semana después, el animal rompió la cadena con la que estaba amarrado y regresó a Nojiri. Entonces lo adoptó un vecino ruso, Gavrilovich, pero al final de la guerra él también se mudó a Yokosuka con su familia y el perro volvió a quedarse solo.

El pobre animal solía vagar por los alrededores del lago Nojiri. Como no comía bien, su pelaje había perdido su hermoso brillo de antaño.

Cuando vivía con el señor Morris en su casa de Azabu, Tokio, le permitían pasar el invierno dentro de casa, junto a la estufa; Gavrilovich también lo dejaba dormir junto al calefactor. Aquel era el primer invierno que pasaba solo, a la dura intemperie.

Aunque en el pueblo todavía quedaba gente que había llegado hasta allí huyendo de la guerra, nadie lo había adoptado. En ocasiones, vagaba entre las casas y se acercaba a sus puertas traseras con expresión suplicante, por si alguien le daba un poco de comida, pero nadie lo hacía. Solían echarlo de malos modos.

A pesar de ello, el perro sobrevivía hurgando donde podía.

A finales de otoño, un jeep desconocido llegó al grupo de casas a la orilla del lago Nojiri. Eran unos soldados americanos que habían ido a pasar allí el día. Cuando el perro los vio, recordó al señor Morris y se acercó al vehículo. Uno de ellos lo llamó con un silbido y le dio unas galletas.

El perro brincó alrededor del soldado, encantado. Hacía años que nadie le daba unas galletas tan ricas. Jugó con el soldado, moviendo la cola sin cesar. Estaba muy contento.

Sin embargo, el jeep se marchó al atardecer. El perro corrió detrás del vehículo, pero finalmente lo perdió de vista. Pensar en regresar al porche de la casa donde ya no vivía el señor Morris lo entristecía.



Noche nevada, Kawase Hasui (1930).

El frío del invierno era tan severo que el perro, que dormía entre la basura del porche, se despertaba varias veces durante la noche. El doctor Honda, que a veces le daba comida, también regresó a su casa de Tokio. Aquel invierno, casi todos los que habían llegado hasta allí huyendo de la guerra volvieron a sus hogares. Aquella zona rural empezaba a parecer una ciudad abandonada.

Un día, el perro encontró un agujero en el viejo suelo de madera de la casa. Desde allí, entraba para dormir en la habitación donde el señor Morris solía leer.

Era viejo; se le habían empezado a caer los dientes, sus patas estaban débiles y no se sentía capaz de pasar el invierno.

No entendía por qué el señor Morris no se lo había llevado con él. De vez en cuando, recordaba los días felices en familia: cuando el señor Morris cenaba en el porche, escuchando la música de sus discos de acetato en las tardes de verano, y le daba algún pedacito de carne; cuando la señora Morris le dejaba cada mañana junto a su caseta un plato de gachas de avena. La caseta la llevaron a Kashiwabara cuando lo dejaron allí, ya no estaba en la casa de Nojiri.

El frío del invierno seguía congelando poco a poco la superficie del lago. Cada noche, cuando ya no aguantaba la soledad, el perro bajaba a la orilla y ladraba. Lo hacía porque corriendo o ladrando entraba en calor. Aunque solo un poco.

A veces, en los días soleados, cazaba pajaritos y se comía hasta los huesos. Cuando olía el óxido de las

latas tiradas por el suelo de la casa, se acordaba de su antiguo dueño.

Llegaron las nevadas y el lago quedó rodeado por el biombo blanco de los árboles y las casas a su alrededor, totalmente cubiertas de nieve.

Aquel día, la tormenta de nieve comenzó al atardecer. El perro pensó que iba a congelarse, así que corrió hasta el lago y ladró a sus aguas heladas. Aunque ya había oscurecido, todavía se veían los resplandecientes copos de nieve volando por el aire como si alguien estuviera esparciendo harina de trigo.

No había comido nada desde aquella mañana. Había ido a Okubo en busca de comida, pero no encontró nada y decidió cazar un ratoncillo de campo. Sin embargo, con tanta nieve no halló ningún roedor fuera de su madriguera.

El perro seguía ladrando a la orilla del lago, pero de pronto sintió un dolor en las patas traseras y se desplomó sobre la nieve. Se le antojó leche caliente.

«¿Por qué hay tan poca gente aquí este invierno? —pensó—. Cuando encuentro alguna casa habitada y me acerco, me echan de allí a palos».

El perro regresó a la casa del señor Morris arrastrando las patas y entró por el agujero.

El interior de la casa estaba totalmente oscuro. El viento atravesaba vibrando las ventanas rotas y lanzaba nieve al interior. Un momento después, sus ojos se adaptaron a la penumbra y la habitación se iluminó ligeramente con el reflejo de la nieve.

Se le ocurrió subir a la planta de arriba. Junto a la ventana había una cama grande, aunque la paja